ESPACIO Y USOS FUNERARIOS EN LA CIUDAD HISTÓRICA

ANALES
de Arqueología Cordobesa

2006
17
VOL. I

ÁREA DE ARQUEOLOGÍA
Facultad de Filosofía y Letras
UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA
CONTEXTOS FUNERARIOS EN LA TRANSICIÓN DEL MUNDO PRERROMANO AL ROMANO EN EL SUR PENINSULAR

ALICIA JIMÉNEZ DIEZ
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
E-mail: ajimenez@eh.csic.es

RESUMEN

Las necrópolis datadas entre los siglos III a. C. y I a. C. se inscriben en una etapa en general mal documentada arqueológicamente y que plantea diversas cuestiones teóricas sobre la interpretación de un conjunto de materiales tradiionalmente asociados a una fase de ‘transición’ entre el mundo ibérico y el romano. En este artículo se analizan algunas de las causas que han contribuido a dificultar el estudio de los contextos funerarios pertenecientes a este período y los cambios rituales producidos en ellos como consecuencia de la colonización romana a través del ejemplo concreto de las necrópolis de Castulo (Linares, Jaén).

ABSTRACT

The period between the 3rd and 1st centuries BCE suffers generally from poor archaeological documentation. The materials from necropoles of this time raise various theoretical questions, as they are associated with the transitional phase between the Iberian and Roman worlds. This article analyzes some of the reasons contributing to the difficulty of the study of funerary contexts from this period, and the changes in funerary rituals that resulted from Roman colonization, using the specific example of the necropolis of Castulo (Linares, Jaén).
INTRODUCCIÓN

Las dificultades a las que nos enfrentamos al estudiar la evolución que se produjo en los espacios funerarios del sur peninsular como consecuencia de la conquista romana son múltiples y están estrechamente relacionadas con las preguntas más importantes que se plantean al analizar el complejo problema de la ‘romaniización’. En primer lugar, no es sencillo distinguir los enterramientos de ídolos asentados en la Ulecia de los de la población local durante una etapa histórica como la época republicana, todavía mal conocida en el sur peninsular desde un punto de vista arqueológico. El recurso a elementos de carácter arcaizante –que son más bien una reformulación de objetos y rituales antiguos que una copia exacta de ellos– en las necrópolis hasta época altoimperial contrasta, además, con otras fórmulas de expresión de la identidad colectiva e individual en el interior de la ciudad, especialmente en torno al cambio de era. Las necrópolis son, sin duda, un escenario privilegiado para el análisis de los procesos de interacción que se produjeron como consecuencia de la colonización romana y un ejemplo de la superposición o convivencia de discursos sobre qué significaba ser ‘romano’ dentro de un mismo asentamiento. Son interrogantes, por tanto, que no se limitan a nuestra interpretación de contextos funerarios, sino que están relacionadas con un debate mucho más amplio sobre el significado de la cultura material empleada en las primeras regiones conquistadas dependiendo del contexto y su utilización consciente por parte de distintos actores inmersos en un proceso de colonización para expresar diferentes clases de identidad social.

En este trabajo propongo revisar algunas de estas cuestiones y las causas que han contribuido a dificultar el estudio de las necrópolis de este período –tradicionalmente considerado de transición– entre la conquista del sur de Hispania y la creación del Imperio romano, para analizar, en último lugar, algunos aspectos de un caso concreto que puede emplearse como ejemplo: las necrópolis de Castulo.

1. EL PROBLEMA DE LAS NECRÓPOLIS DE ÉPOCA REPUBLICANA

La tendencia de arqueólogos e historiadores a presentar en sus estudios a las sociedades del mundo antiguo como si fuesen seres vivos con fines de nacimiento (antigua o de formación), desarrollo (época o etapa clásica) y declive (período tardío o final) ha contribuido a generar una imagen de los siglos III I a. C. como una época de decadencia, considerada como una especie de 'epílogo' de su objeto de estudio por parte de los protohistoriadores y un período de formación, aún no plenamente romano, por parte de los arqueólogos dedicados al mundo clásico. A pesar de la abundante información proporcionada por las fuentes antiguas sobre la etapa de conquista de Hispania, el problema se complicaba por el escaso número de yacimientos con estratigrafías que pudiesen ser asignadas a este período, llegándose a sugerir en algunos casos, la posibilidad de que los poblados ibéricos fuesen abandonados de forma masiva como consecuencia de la colonización romana, lo que explicaría la escasez de necrópolis fechadas en este momento.

La escasa 'visibilidad' de las necrópolis de la 'baja época' de la cultura ibérica puede deberse a distintos factores. Quizá uno de los principales –dejando a un lado las dificultades para etiquetar las necrópolis de los siglos III I a. C. como “romanas”, “ibéricas” o “púnicas”, y la división de los estudiosos en dos grupos bien diferenciados de clasicistas y protohistoriadores– es la escasez de ‘fósiles’ que permitan diferenciar de manera clara los cementerios de esta época. En general, las dataciones más precisas de las tumbas ibéricas de las fases más antiguas han sido consecuencia, casi siempre, de la inclusión en el ajuar de objetos importados, como por ejemplo cerámica ática. En el caso de las tumbas tardorrepúblicas, cuando falta la cerámica campanense y únicamente se cuenta con la urna cineraria y otras piezas de ‘tradición ibérica’, como un plato-tapadera, la adscripción temporal se hace a veces prácticamente imposible si no existen datos complementarios ofrecidos por las relaciones estratigráficas dentro del yacimiento.

Cuando aparece representada entre los objetos del ajuar funerario, la cerámica campanense plantea, además, otras cuestiones. En primer lugar, la datación en época excepcionalmente antigua de algunos ejemplares en publicaciones de la primera mitad del siglo XX, previsas a los primeros estudios de N. Lombaghi (1952) sobre esta clase de materiales, provocó que determinadas necrópolis fueran consideradas menos recientes de lo que realmente eran, incluyendo a veces dentro de un mismo conjunto tumbas con cerámicas de barro Negro ático del s. IV a. C. y campanense del s. II a. C. Pero no es hasta los años ochenta del siglo XX, sobre todo a partir de la divulgación de los trabajos sobre este tipo de cerámica de P. Morel (1980, 1981), cuando se produce un replanteamiento de las dataciones de algunos yacimientos, rebajando la cronología de ciertas producciones de campanense A hasta 50 años, en un período crítico para la interpretación de la ‘romaniización’ del mundo funerario ibérico como es el inicio del s. II a. C. Todo ello ha provocado una alteración de la cronología y el contexto cultural en el que se situaban determinados cementerios, como ha señalado F. Queveda en relación con la necrópolis ibérica de El Cabeciérce del Teso (Murcia) (F. Queveda, 1989: 49-50). Aún hoy en día, el momento de la desaparición de ciertas clases de campanense en la Península Ibérica, la definición exacta de cada uno de sus grupos y la adscripción de algunas piezas a ciertos talleres (especialmente en el caso de la campanense B) es objeto de debate, como se pone de manifiesto en la publicación de las actas de la mesa redonda celebrada recientemente en Ampurias para tratar de aclarar algunas de estas cuestiones (X. Aquilué, et al. coords, 2000).

A todo ello hay que añadir que los hallazgos de campanense en el sur de la Península Ibérica son de por sí escasos y que hasta hace no mucho tiempo se creía que el uso de esta cerámica había quedado restringido a zonas costeras en algunas regiones andaluzas. Aunque hoy sabemos que estos ejemplares penetraron por el valle del Gualdalquivir hasta llegar a asentamientos como Corduba o Hispalis, las diferencias entre las cerámicas de las zonas cercanas al mar y del

1 Tras la reunión de Ampurias parece haberse impuesto la reformulación propuesta por L. Prebosl en sus trabajos sobre la cerámica de Caes. Ello ha supuesto, fundamentalmente, un cambio de nomenclatura, puesto que a grandes rasgos la cronología que se venía empleando desde la publicación en los años ochenta de las investigaciones de P. Morel se mantiene (F. Sala, 2003: 292-293).
Los ungüentarios helenísticos son un elemento de producción local, en la mayoría de los casos, que es relativamente abundante y puede ser datado con bastante precisión. Gracias a ellos se ha podido fechar un gran número de tumbas que de otra forma se habrían asignado quizás a otro período, pero es evidente que nos encontramos de nuevo con el problema de que ni mucho menos es un objeto omnipresente en los enterramientos de los tres siglos previos al cambio de era y que, además, por alguna razón que se nos escapa, también en algunos asentamientos se prescinde de estos contenedores, al igual que en épocas posteriores al cambio de era no en todos los cementerios es posible hallar ungüentarios vitreos, como se puede ver de manera especialmente nítida en la necrópolis de la Puerta Norte de Castulo, donde sólo una tumba de las más de cien que se excavaron en el yacimiento había sido acompañada por uno de estos objetos. Las ánforas o fragmentos de ellas podrían contribuir a las dataciones, pero son aún más escasas. La presencia de vasos de paredes finas, que comienzan a alcanzar la Península durante la segunda mitad del s. II a. C., no empieza a ser significativa, desgraciadamente, hasta finales del s. I a. C.

Así pues, en muchos de los sepulcros más modestos sólo contamos con una urna cineraria y algún recipiente de cerámica 'ibérica' que cumplía la función de ofrenda como indio del momento en el que tuvo lugar el ritual funerario. Desde los años setenta se han publicado numerosas tipologías de cerámicas ibéricas2, pero en el caso específico de los contenedores cinerarios a veces nos enfrentamos a tipos con un marco de perduración tan amplio que resultan inservibles como herramientas de datación, o al menos no permiten distinguir en casos concretos de manera nítida recipientes pertenecientes al ibérico pleno y al ibérico final. En las necrópolis de Castulo, por ejemplo, algunas de las cerámicas presentes en las necrópolis altoimperiales perpetúan formas que coexisten a ser empleadas en la región en los siglos IV-III a. C.

Hay que señalar además que, de manera minoritaria, algunas tumbas han podido ser fechadas en momentos excepcionalmente antiguos debido al atesoramiento de determinados objetos durante generaciones3. Sólo la asociación de piezas de cerámica griega con campanienses fabricada en el s. II a. C. ha permitido, puntualmente, situar en un contexto cronológico adecuado algunas tumbas del Cabeceo del Tesoro o Colina del Barranco Ancho, a pesar de diferencias de hasta doscientos años en la fecha de fabricación de distintas piezas de un mismo lugar (J. L. Meseguer, F. Quezada, 1992: 363-364; J. M. García Cano, 1999). Queda la duda, sin embargo, de si en otras tumbas donde el único objeto importado con el que contamos para proponer una datación es una pieza de cerámica ibérica, no se puede haber producido alguna confusión. Este fenómeno, constatado también en algún enterramiento del s. II a. C. en contextos de poblado (J. M. García Cano, 1999: 176), no es en absoluto exclusivo del mundo ibérico, y, por ejemplo, en época altoimperial a veces se encuentra junto a la urna cineraria una moneda de época republicana con la efigie de Jano.

No se puede descartar que todos estos factores, que tienen que ver únicamente con la arqueología y la manera en la que esta disciplina se aproxima al registro material, hayan sido subrayados por nuevos patrones de ocupación del territorio relacionados, sobre todo, con el proceso histórico que se desencadena tras la conquista romana. L. Abad ha señalado que el abandono de algunos asentamientos ibéricos y sus necrópolis durante la época republicana y el largo tiempo requerido para el completo desarrollo de nuevos pobladuras quedaría reflejado en la disminución de los enterramientos de esta fase. Mientras, las ciudades que continuaron siendo habitadas en ese momento de recourecación territorial —puesto que no pueden hablarse, ni mucho menos de un fenómeno de abandono generalizado—, seguirían creciendo a costa del terreno donde se ubicaban las áreas de enterramiento de época ibérica (L. Abad, 2003: 78). Sería interesante estudiar hasta qué punto el fenómeno de “cambio de domicilio” (contributo o siniestro) por adición de gentes del núcleo indígena a un nuevo asentamiento romano constatado en distintos núcleos en el s. I a. C., como Corduba, Arucci o Tarobriga, por poner sólo algún ejemplo, pudo afectar a la reubicación de las necrópolis, aunque en general es común que las dos ciudades (la nueva y la antigua) convivan durante cierto tiempo (M. Bendala, 1990: 32; M. Bendala, 2003: 28; J. A. Pérez Macías et al. 1997).

En 1981 E. Cuadrado publicó un primer catálogo de necrópolis de la ‘baja época de la cultura ibérica’, situadas tanto en el Levante como en el Sur de la Península, que demostraba la inexistencia de un hiatus entre las necrópolis de los siglos s. IV-III a. C. y las necrópolis fechadas en torno al cambio de era. En su estudio, destacaba como características fundamentales de estos yacimientos la aparición de cerámica campaniense, ungüentarios fusiformes y cerámica romana de paredes finas, la inclusión de monedas en algunos

---


2) J. M. García Cano (1999) ha cuantificado el número de tumbas que pueden estar afectadas por esta problemática en las necrópolis ibéricas de Murcia en un 0,13%.
tumbas, el descenso en el número de armas presentes en los ajuares así como la fidelidad al rito incinerador. En el caso concreto de la necrópolis del Cigarralje (E. Cuadros, 1981: 63), señala, además, la desaparición de los empedrados tumulares de mayor tamaño y la tendencia a no fragmentar los objetos del ajuares antes de introducirlos en la tumba.

A. Fuentes es el autor de un artículo que vio la luz diez años después y en el que realizaron aportaciones importantes sobre el problema de las necrópolis del tardío ibérico. Hay que subrayar que los rasgos fundamentales de los lugares de enterramiento que se describen en este trabajo (desaparición de estructuras tumulares, pilares estela y esculturas funerarias, descenso del número de armas y de los vasos de gran tamaño), están basados en los datos aportados por necrópolis del sureste y en concreto por dos yacimientos: El Cigarralje y El Cabezal de Tesoro.

Dos estudios publicados por D. Vaqueiro (1994: 277-282, 1999: 206-232) recientemente se dictienen, por el contrario, en las manifestaciones funerarias de este periodo localizadas en la actual provincia de Córdoba, donde, precisamente, se incrementa el número de necrópolis fechadas a partir del s. III a. C., lo que muy probablemente deba ponerse en relación con el comienzo de la ocupación romana (D. Vaqueiro, 1999: 231). En esta zona se constata, como en el SE, la continuidad del tipo de contenedores funerarios de tradición indígena (que alcanzan incluso el s. I d. C.), aunque se producen cambios en la composición de los ajuares, que reciben ahora distintas cerámicas de importación. Este autor describe el descenso del número de armas depositadas en los ajuares y de los hallazgos de escultura funeraria, si bien constata la aparición de nuevos tipos iconográficos de escultura zoomorfa (como el lobo o el carnero) y la existencia de enterramientos de carácter monumental (quizá de carácter turriseforme) a los que pertenecerían los relieves procedentes de Torredonjimeno (Fig. 1). En torno a Osuna, "hay que señalar que el proceso que se da es un proceso que aparentemente se opone al embellecimiento arquitectónico de los enterramientos que se documenta en las áreas ibéricas clásicas y que, a mi juicio, debe ser entendido de nuevo en relación con las conquistas bárbaras y romana, potenciados por las elites locales en las que apoyarse cuyo reflejo funerario podrían ser estos monumentos" (D. Vaqueiro, 1999: 210).

a. C. es difícil cuantificar por el momento. Se conocen ejemplos de basamentos monumentales de piedra, tumbas de cámara y esculturas de animales que pueden encuadrarse en esta etapa. De hecho, algunas de las piezas monumentales más conocidas de las necrópolis ibéricas deben situarse en una fase tardía, como los relieves de Osuna, o ciertas esculturas de animales de culto redondo, entre las que destacan un conjunto de leones de estilo helenístico (Fig. 3), que aparecen junto a leones con centauros que se documentan por primera vez en algunas regiones, como el lobo o el carro (D. Vaquerizo, 1994: 281).

La brusca disminución del número de armas que en un primer momento pareció poder apreciarse a partir de la llegada de las tropas romanas a la Península (E. Cuadrado, 1981: 52) ha sido matizada por investigaciones desarrolladas durante los últimos años. En algunas necrópolis del sureste (El Calviño del Tesoro o El Cigarral, Cataluña (Can Miralles, Las Cortes, Cabrera del Mar), la Meseta (Usama, Las Ruedas) y la Baja Andalucía (El Hinojal, Cerro de las Balsas), las armas siguieron siendo empleadas como objetos de ajua en las sepulturas durante el s. II a. C. e incluso en algunos yacimientos la proporción de enterramientos con armas se mantiene durante los siglos III y II a. C. 

5] Algunas características separan este grupo reciente de leones de su precedente inmediato, el "grupo antiguo" definido por T. Chapu. Por ejemplo, la cabeza ladeada, los implantes de representación del pelo o la musculatura, o la introducción bajo las patas de lantoranas de una víctima animal en general un coronavirus o humano (T. Chapu, 1985: 140-141). Esta misma autor ha señalado el desarrollo paralelo de este tipo de "leones en víctima" desde época helenística y en el mundo oriental y la posibilidad de que se difundiera a través de los asentamientos de las tropas romanas por todos los nuevos territorios ocupados en época republicana. 

a y b. Esculturas de leones encontradas en "La Puente Quebrada" de Castulo (Linares, Jaén) (Según L. Buena y J. Beltrán, 2004, láminas 17.1 y 17.2).
al mismo nivel que durante el s. V a. C. Aunque no desaparecen el todo, cierto, sin embargo, que el porcentaje de tumbas con armas comienza a descender a mediados del s. II a. C. en algunas necrópolis, hasta llegar a cifras insignificantes antes del cambio de era (F. Quezada, 1989: 115-116; F. Quezada, 1995: 166; F. Quezada, 1997: 651-652; F. Quezada, 1998: 131). Es especialmente significativo el ejemplo de las armas recuperadas en una tumba de El Cerro de las Balas (Astigi, Éjula, Sevilla), una necrópolis que presenta enterramientos fechados entre el s. III a. C. y el s. I d. C., no sólo porque el hallazgo de este tipo de objetos de la segunda Edad del Hierro no es frecuente en las provincias de Huelva, Sevilla y Cádiz, sino porque además es un ejemplo de necrópolis que arranca en momentos inmediatamente anteriores a la conquista en la zona que tradicionalmente se asimila a la Turdetania (E. Núñez, F. Quezada, 2000). Lo cual nos lleva al controvertido asunto de la escasez de necrópolis en esta zona, que complica, aun más si cabe, el análisis de las necrópolis de los tres siglos previos al cambio de era.

A finales de los ochenta y principios de los noventa J. L. Escacena (1987b, 1989, 1992: 332-334) propuso que la aparente escasez de necrópolis en el occidente de Andalucía entre los siglos XI y III a. C. se debía a la finalidad de los indígenas de estas zonas a lo ritual funerario, de origen indoeuropeo, vinculado al Bronce Atlántico, que no dejaba huella arqueológica. Según este autor y M. Belén, no es posible encontrar ejemplos de enterramientos turdetanos a finales de la Edad del Bronce y los que se documentan desde época orientalizante hasta la llegada de los romanos deben atribuirse a gentes de otras filiaciones étnicas (púnicos, bastetanos, turdetanos aculturados, o, en épocas posteriores, romanos) (M. Belén; J. L. Escacena, 1992b: 78-83; M. Belén; J. L. Escacena, 1992a; J. L. Escacena, M. Belén, 1994; J. L. Escacena, M. Belén, 1998: 34; J. L. Escacena, 2000: 218-224). Para J. L. Escacena, tras el ‘paréntesis orientalizante’, los turdetanos recuperarían su ‘identidad perdida’, sus ritos funerarios ancestrales, que les llevarían a enterrar a sus muertos de una manera que desconocemos. En la actualidad está fuera de debate que, como ya avanzara en su día A. García y Bellido (1952: 42), las urnas de tradición ibérica se mantienen en uso hasta época altoimperial, y es muy probable que determinados ejemplos aducidos por J. L. Escacena y M. Belén (1994) para demostrar la datación tardía de las urnas funerarias de este tipo halladas en distintos yacimientos del occidente andaluz deban situarse en fechas recientes. Aunque en el catálogo de enterramientos en urna de tradición ibérica que ellos mismos recopilaron a mediados de los años noventa se reconoce que algunas piezas admiten una datación amplia entre el s. V y el s. I a. C., siempre se opina, sin embargo, por la fecha más temprana, lo que situaría a estos enterramientos, en los tres últimos siglos previos al cambio de era.

En contra de esta hipótesis se han posicionado otros autores que consideran precisamente que el rito inicineral característico de la cultura ibérica meridional debe considerarse una más de las novedades que se introducen durante el Bronce Final tardetico (M. Bendala, 1992a: 29), reforzado en su etapa orientalizante por el influjo de la tradición inicineral mayoritaria entre los fenicios peninsulares (M. Bendala, 1992b, M. Bendala, 1995: 281; M. Almagro-Gorbea, 1992: 38). Los hallazgos de los últimos años en distintos yacimientos -no sólo andaluces- vienen a sustentar esta teoría: cremaciones de etapa precofesional de la necrópolis de las Cumbres (Cádiz), inicineras en urnas a mano de Cerro Alcalá (Torres, Jaén), necrópolis de cremación del Cerro de Las Móneras (Alcántar), necrópolis de inicinación de El Llano de Ceperos (Ramonete, Lorca), Parazuelos (Murcia), Almazarquera (Almería), Cabezo Colorado (Almería), Caladero de Mojácar (Muro), Barranco Hondo (Murcia), necrópolis de El Acebuchuel (Sevilla) y necrópolis de la Cruz del Negro (Sevilla), en Setefilla (Lora del Río, Sevilla) (M. Bendala, 1992a: 29 -32). Las necrópolis tartesias de época orientalizante serían receptoras de esta ritualidad funeraria, aunque también se documenten inhumaciones, apreciándose, al mismo tiempo, el enriquecimiento de sus ajuares (M. Bendala, 1992a: 33, D. Ruiz Mata, 1993; M. Torres Ortiz, 1999: 40-41, 59-96).

Aún no estamos en condiciones de conocer las causas del escaso número de necrópolis que conocemos en la baja Andalucía que puedan ser fechadas entre los siglos VII a. C. Sin embargo, no creo que sea posible soslayar en nuestros análisis o presentar como la excepción que confirma la regla ciertas noticias sobre la posible existencia de espacios funerarios, más o menos importantes, situados en las provincias de Córdoba, Sevilla, Huelva y Cádiz. Las necrópolis ‘turdetanas’ de la ciudad de Córdoba, por ejemplo, continúan siendo prípicamente desconocidas, aunque hace poco tiempo ha sido publicado un avance del estudio de un conjunto de materiales procedentes de excavaciones ilegales, que demuestra la existencia, según J. F. Murillo y J. L. Jiménez Salvador, de una necrópolis de inicinación activa entre los siglos VII a. C. y II a. C. asociados al núcleo de la Colina de los Quepados (J. F. Murillo, J. L. Jiménez Salvador, 2002: 186).

J. M. Campos considera que es posible defender la continuidad entre los enterramientos de época orientalizante y los de los siglos VII a. C. en Osuna, en el sector excavado en 1903 por P. París y A. Engels, a partir del estudio de los materiales conservados en el Museo Arqueológico de la localidad, procedentes en su mayoría del continuo expolio de la zona de la necrópolis y los fragmentos que ha sido posible recoger en superficie de urnas funerarias ibéricas (J. M. Campos, 1989: 100, 107).

Asimismo, el equipo de C. Fernández Chicarro pudo constatar en distintas excavaciones realizadas en Carmona desde 1970 varios tipos de tumbas (C. Fernández-Chicarro, 1978; Mª Belén, 1982: 270). El principal interés de las cuatro urnas de inicinación descubiertas a mediados del siglo XIX es el de ser las primeras de esta clase que se publicaban como procedentes de este sector. No obstante, el Museo de Carmona conserva vasos similares, aunque se desconoce su procedencia; pero que pueden ser fechadas entre los siglos VIII a.C. Sin embargo, no creo que sea posible soslayar en nuestros análisis o presentar como la excepción que confirma la regla ciertas noticias sobre la posible existencia de espacios funerarios, más o menos importantes, situados en las provincias de Córdoba, Sevilla, Huelva y Cádiz. Las necrópolis ‘turdetanas’ de la ciudad de Córdoba, por ejemplo, continúan siendo prípicamente desconocidas, aunque hace poco tiempo ha sido publicado un avance del estudio de un conjunto de materiales procedentes de excavaciones ilegales, que demuestra la existencia, según J. F. Murillo y J. L. Jiménez Salvador, de una necrópolis de inicinación activa entre los siglos VII a. C. y II a. C. asociados al núcleo de la Colina de los Quepados (J. F. Murillo, J. L. Jiménez Salvador, 2002: 186)....
reborde exterior y decoración a bandas de color rojo vinoso (Fig. 4) (Mª Belén, 1982: 275; J. L. Escacena, Mª Belén, 1994: 253). Parece pues probable que al sureste del anfiteatro, en la parte baja de la ladera sobre la que se sitúa el área de enterramiento con tumbas hipogéas de época altoimperial, se ubicase una necrópolis ibérica que pudo seguir en uso durante época romana. Si bien Escacena y Belén (1994: 253) mantienen la datación de las cuatro urnas publicadas por uno de ellos en 1982 entre los siglos VIII a. C., recientemente, en el marco de la exposición de su hipótesis sobre la inexistencia de tumbas ‘turdetanas’ de la segunda edad del Hierro, han propuesto rebajar la cronología de una de ellas (nº 14) por el motivo iconográfico (una musaca) que aparecía en el entalle de un anillo de su ajuar. Según estos autores, las representaciones de este insecto (que C. Fernández Chiarchari interpretó en su día como una abeja), son excepcionales antes de época romana (J. L. Escacena, Mª Belén, 1994: 235).

También los restos encontrados durante una prospección sistemática del yacimiento de la Atlayuela (Huelva), donde se recoge:

![Figura 4: Tumbas de incineración de la necrópolis de Carmona (Sevilla) (Según M. Belén, 1982).](image)

- [1] En mi opinión otros yacimientos citados por estos autores como ejemplos de necrópolis turdetanas (O. Guerrero, F. Gómez Toscano, 1999: 163), deben considerarse, de momento, sólo indicios que podrían confirmarse o descartarse en el futuro. Éste es el caso de la necrópolis de El Bulbo IV, donde sólo se han recuperado, durante una prospección, tres urnas con restos de cenizas donde destaca la figura II de Escacena (F. J. Velasco et al., 1994a: 154; F. J. Velasco et al., 1994b: 132); la necrópolis de El Cerro de las Balas, donde se han documentado materiales fecundos fundamentalmente en fechas "cardinales" de los siglos III-IV a. C. (E. Nieto, J. Moncó, 1988); o la necrópolis de Granados (El Bulbo) o Bencarrón (Mairena del Alcor), de las que poco más sabemos que vagas alusiones a su existencia (J. M. Vargas et al., 1990; Amores, 1982: 63; M. Pellicer y V. Hurtado, 1987).

- [2] Uno de los enfoques de la excavación de Carmona ha sido poner en evidencia el carácter funerario de la necrópolis, a pesar de que todavía no se ha conseguido el total de las tumbas, conocidas por la excavación dirigida por M. Belén (1994: 253), que se ubican en el área de la necrópolis descubierta. En este sentido, el descubrimiento de una gran cantidad de urnas funerarias, tanto en la necrópolis como en el área de la necrópolis, ha permitido llevar a cabo una serie de investigaciones sobre el conjunto arqueológico del yacimiento.

- [3] En este sentido, la necrópolis de Carmona es un caso paradigmático de cómo la investigación arqueológica puede ser utilizada para entender el pasado de las sociedades romanas. La necrópolis ha sido objeto de varias excavaciones, lo que ha permitido obtener información sobre la vida cotidiana de los habitantes de la ciudad. En este sentido, la necrópolis de Carmona es un caso paradigmático de cómo la investigación arqueológica puede ser utilizada para entender el pasado de las sociedades romanas. La necrópolis ha sido objeto de varias excavaciones, lo que ha permitido obtener información sobre la vida cotidiana de los habitantes de la ciudad.

- [4] En este sentido, la necrópolis de Carmona es un caso paradigmático de cómo la investigación arqueológica puede ser utilizada para entender el pasado de las sociedades romanas. La necrópolis ha sido objeto de varias excavaciones, lo que ha permitido obtener información sobre la vida cotidiana de los habitantes de la ciudad. En este sentido, la necrópolis de Carmona es un caso paradigmático de cómo la investigación arqueológica puede ser utilizada para entender el pasado de las sociedades romanas. La necrópolis ha sido objeto de varias excavaciones, lo que ha permitido obtener información sobre la vida cotidiana de los habitantes de la ciudad.
De hecho, uno de los problemas fundamentales al que nos enfrentamos a la hora de intentar analizar la ‘romanización’ de las necrópolis ibéricas a partir de la conquista, al pretender individualizar los sepulceros de los colonos itálicos que se entierran en territorio ibérico, es precisamente la similitud que presenta el registro arqueológico funerario de muchas necrópolis mediterráneas de esta época. En concreto, los lugares de enterramiento del mundo romano y el ibérico presentan en general, como ha señalado A. Fuentes, "idéntica tradición incineradora, ritual de enterramiento muy similar, ajuares funerarios en la urna cineraria, unos depósitos votivos seguramente de comida, la gran importancia de los juegos en el juego etrusco y en la ceremonia de enterramiento, la existencia de una espiritualidad de alta tumba con divinidades infernales, etc.", lo que se podría añadir la "existencia en ambos ámbitos culturales de variantes excepcionales del enterramiento como los infantes en los poblados (subgrundaria)..." (A. Fuentes, 1992: 600).

El momento en el que es posible percibir una transformación más intensa de la cultura material prerromana parece producirse en la Bética, no tanto a la llegada de las tropas itálicas o en los siglos subsiguientes de asentamiento y ocupación del territorio, sino precisamente a finales del s. I a. C. o incluso en el s. I d. C., en un contexto en el que el cambio se aprecia también en otros aspectos como el urbanismo, la numismática o la epigrafía (S. J. Keny, 1992; A. U. Stylow, 1998: 109). En torno al cambio de era, se empieza a observar, por primera vez, una articulación del espacio funerario característicamente romana (en torno a las vías que abandonaban la ciudad y en recintos que recubrían el terreno dedicado a espacios funerarios), la aparición de necesidades antes inexistentes como la identificación nominal de los enterramientos a través de las lápidas funerarias o el empleo de monumentos que presentan tipologías similares a los que podemos encontrar en Italia. Y, sin embargo, incluso en este momento en el que parece producirse cierta convergencia hacia lo que podría interpretarse como un modelo romano, el registro arqueológico nos muestra la complejidad del fenómeno denominado ‘romanización’.

2. EL EJEMPLO DE LAS NECROPOLÍSES DE CASTULO

Un buen ejemplo de ello lo proporcionan las necrópolis de Castulo, donde es posible estudiar el proceso de cambio y continuidad derivado de la ‘romanización’ a lo largo de varias centurias. El yacimiento presenta la ventaja de permitirnos comparar, no sólo distintas necrópolis prerromanas coetáneas, sino también diferentes cementerios de época altoimperial que ofrecen la posibilidad de contrastar el empleo de una serie de elementos que pudieron ser considerados “tradicionales” en la época y confrontarlos con los objetos y rituales que realmente se empleaban en el asentamiento antes de la conquista romana del sur de la Península.

Con el paso de los siglos distintas necrópolis se fueron disponiendo en los alrededores del asentamiento de Castulo (Fig. 6). Al oeste, se situó el área sepulcral de Los Patos y El Estacar de Robarinas; al sur, El Molino de Caldana y al este, Los Baños de la Muela, Casablanca, El Estacar de Luciano, El Cerrillo de los Gordos y tres tumbos en la zona de Los Higueros. Entre las necrópolis más antiguas, según las cronologías proporciona-
Las diferencias que permitieron a J. Mª Blázquez y F. Molina establecer un conjunto de tipos que se observan en la manera en la que se resguardó la urna dentro del hoyo donde quedó introducida: mediante un ánfora a la que se había cortado previamente la zona del cuello y la base, bajo vasijas o fragmentos de ánfora, en el centro de un círculo de piedras, sobre una tégula o sin ningún tipo de protección especial12 (J. Mª Blázquez, F. Molina, 1975: 240).

12] J. M. Blázquez y A. Canto consideraron que la datación de estos muros debía retratarse a época tardía, pero mientras que para el primero esta fecha permitía establecer la contemporaneidad de los recintos con la necrópolis, para la segunda investigadora los muros fueron construidos en un momento posterior al abandono del cementerio, que habría de situarse en los primeros decenios del Imperio, “pues hay al menos una urna tapada por aquéllos” (A. Canto, 1979: 10), aunque no se especifica cuál ni por qué muro exactamente. Según J. M. Blázquez y F. Molina (1975: 238), este recinto “pertenecen a una etapa intermedia de la necrópolis, dada su profundidad y el que se dan enterramientos por encima y debajo de él”.13

13] Este tipo de monumentos, en los que se utilizaban técnicas constructivas como las descritas en el caso castuloricense, debieron ser más frecuentes en las necrópolis hispanoromanas altoimperiales de lo que se creía hasta ahora (O. Visconti 2002). Contamos además, como evidencia directa de la existencia de estas clases de aseos en Castulo, con dos inscripciones procedentes de la Necrópolis del Cerrillo de los Gordos donde se señalaba la extensión de terreno acotado para realizar enteramientos: “In fronte p(ictae) podex XX in aetero p(ictae) XXXIV” (R. Contreras, A. D’Ors, 1977: 16).

14] A varios funerarios protegidos por “una especie de cilindros ovales de arulla”, posiblemente ánforas a las que se les ha cortado las zonas del cuello y fondo, B: varios colocados “sobre una tégula, que los aislaba de la tierra haciendo de suelo, recubiertos por unas vasijas de gran tamaño de torno plano, asemejándose a grandes maceteros”, C: similar al anterior pero con una vasija grande globalar como cubierta, D: una urna y una de ofrecer rodados de un círculo de piedras, E: varios funerarios resguardados por fragmentos de ánfora, F: urnas colocadas directamente en la tierra, sin ningún...
Los enterramientos de la Puerta Norte consistían de manera mayoritaria en incineraciones depositadas en una urna cineraria cerrada con un cuenco troncocónico en posición invertida. Las ofrendas más comunes eran una vasija más o menos globular y un vaso de perfil en "S". De manera más excepcional, se incluía un ánguientario cerámico en el interior de la urna cineraria, o una lucerna; y, en contadas ocasiones, algún objeto de metal como clavos, una anilla de hierro o una placa de bronce.

Uno de los elementos más destacables, que permite hermanar las necrópolis romanas de Castulo con yacimientos como Carmona o Baelo Claudia, es la ausencia en los ajuares de la cerámica de importación más común en los primeros decenios del Imperio: la terracota sigillata (M. Bendala, 1991b: 184-186; M. Bendala, 1999). tampoco están presentes elementos tan característicos en otras necrópolis altimurales como los ánguientarios de vidrio, de los que únicamente se recogió un ejemplar en la Puerta Norte (T. II) y aparecen solamente de manera testimonial las lucernas y algún clavo.

En cualquier caso, cabe destacar la homogeneidad de los ajuares que acompañaban a los sepulcros de la Puerta Norte, la aparición casi constante de algunos objetos con determinada función ritual, en comparación con lo que se puede observar en las necrópolis prerromanas del asentamiento, o incluso, aunque de manera menos acusada, en necrópolis contemporáneas, como la del Cerrillo de los Gordos.

LA NECRÓPOLIS DE EL CERRILLO DE LOS GORDOS (CASTULO, JAÉN)

La necrópolis del Cerrillo de los Gordos, situada a 800 metros al nordeste de la muralla y a un kilómetro al este de la necrópolis de la Puerta Norte, presenta un fenómeno parecido a esta última, si bien los investigadores que realizaron la excavación destacaron la riqueza de sus materiales en comparación con la otra necrópolis romana de la ciudad. Las excavaciones se iniciaron en el verano de 1971 en el lugar donde, según diversas noticias, había sido hallada, a finales de los años cuarenta, una cámara sepulcral con una bóveda de conchas, que habría proporcionado las doscientas vasos enterrados entre los que la mayoría presenta decoración pintada de tradición ibérica (Fig. 7). A la cámara construida en sillares de arenisca local se accedía a través de una escalera con seis peldaños, siendo el segundo de ellos un fuego de columna reutilizado para esta función. Entre los dos sillares que hacían de dintel en la puerta de acceso al interior se realizó un agujero rectangular, probablemente con el fin de realizar libaciones a través de él. Esta superficie estuvo cubierta con una pequeña bóveda de hormigón, que debió derrumbarse ya en época antigua. (A. Mª Canto, J. J. Urruela, 1979: 321). En el ángulo noroeste de esta cámara, entre la escalera y el sillar largo, se encontró una máscara de terracota de carácter funerario de corte helenístico (un Apolo o Dionisios, según sus excavadores) que podría fecharse en el primer tercio del siglo I d. C. o posiblemente en momentos algo anteriores de ladrillo idéntico a los que cerraban los laterales de cada uno de los nichos, que pudieron albergar dos inhumaciones. A. Canto y J. J. Urruela no mencionan el hallazgo de restos humanos, pero sí señalan de manera explícita la ausencia de ajuar y que la fosa apareció sellada por tres estelas (dos de ellas con inscripción y remate semicircular, mientras que la tercera era rectangular) colocadas horizontalmente y boca abajo. En la zona de unión entre las dos estelas inscritas que servían de liso de cubierta a la fosa, se había abierto...
un orificio cuadrado, con gran probabilidad destinado a la profusión. Las lápidas contenían los siguientes textos: "L(ucia) ANNI / CAPELLAE / SERGIOBRIGENS(is) "*", "IN F(ronte) P(edae) XXXV / IN A(quo) P(edae) XXXVIII e IN FRONTE / (Lucas) PEDES XX IN A/QRO P(edae) XXVIII" (CIL 6, n° 110, 170 y 171; C. González y J. Mangás: 1991: 164, 212-213) hay propuesto fechar la primera inscripción en época julio-claudia, mientras que las dos segundas deberían situarse en la segunda mitad del s. I d. C.

El resto de las sepulturas de la necrópolis (tumbas II a VII) siguen el rito de inhumación. Algunas de estas tumbas (T. II, T. III, T. VI) ofrecieron un ajuar de similar composición a otros encontrados en la necrópolis de la Puerta Norte, integrados por una urna de tradición ibérica tapada con un cuenco troncocónico y acompañada por uno o dos vestas. Sólo de manera excepcional se añade un urdimiento de vidrio (T. IV). J. J. Urruela y A. Mª Canto fechan esta necrópolis en el siglo I d. C., aunque no descartan la posibilidad de que estuviese ya en uso en momentos algo anteriores.

ANÁLISIS DE LOS AJUARES

Distintos elementos de las necrópolis altoimperiales de Castulo revelan un patrón de ruptura y continuidad. Los enterramientos se inscriben ya en un espacio funerario estructurado según una lógica romana: en necrópolis situadas junto a las vías, en la zona más próxima a las murallas de la ciudad, donde parte del terreno había sido parcelado en recintos funerarios. Los tipos de tumbas presentes en estos yacimientos muestran, sin embargo, muchas similitudes con los que se pueden hallar en períodos anteriores. En el caso de las fosas simples únicamente se han sustituido los círculos de piedra menuda que tradicionalmente protegían las urnas cinerarias por cuerpos de ánfora o tegulae, mientras que la tumba de cámara de El Cerrillo de los Gordos se asemeja a determinadas construcciones de las necrópolis de Villaricos, Puente de Noy o Carmona.

Respecto al ajuar, las urnas cinerarias de tradición ibérica (tanto por la forma como por la decoración) son uno de los nexos de unión más claros entre las necrópolis de época romana y prerromana de la ciudad, si bien, evidentemente, hay que hablar de una evolución de las tipologías cerámicas desde los prototipos del s. IV a. C. hasta sus derivados en el s. I d. C. Aunque no se puede descartar, sin embargo, que la va-\n
**Notas:**
1. Las inscripciones reutilizadas en la cabecera funeraria de la necrópolis plantan sin embargo un problema cronológico, puesto que dos de ellas han sido fechadas en la segunda mitad del s. I d. C. por G. González Román y J. Mangás (1991: 212-213). Por lo tanto, o bien debemos desestimar la apreciación de que tanto la tumba hipogea como el sepulcro con espacio para realizar dos inhumaciones (T. II) se encontraban abiertas por la misma "bossieria" (J. Canto, J. J. Urruela, 1979: 322) y que por ello podrían ser considerados contemporáneos a grandes rasgos, o bien debemos situar la cabecera funeraria en la segunda mitad del s. I d. C. atendiendo a la fecha post quem aportada por las lápidas funerarias. Lo más lógico parece situar las dos inhumaciones en momentos posteriores a la con- trucción de la tumba de cámara, teniendo en cuenta el empleo de materiales reutilizados como ladrillos o las lápidas inscritas en la construcción de la doble fosa (M. Bendala, 1991a: 85; M. Bendala, 1995: 285). El explot al que había sido sometido el monumento funerario no facilita, evidentemente, la búsqueda de una respuesta, ya que el único material que apareció directamente asociado a la cámara durante la excavación es la musca- ra de terracota desierta unas líneas más arriba.

---

**ANÁLISIS DE LOS AJUARES**

Distintos elementos de las necrópolis altoimperiales de Castulo revelan un patrón de ruptura y continuidad. Los enterramientos se inscriben ya en un espacio funerario estructurado según una lógica romana: en necrópolis situadas junto a las vías, en la zona más próxima a las murallas de la ciudad, donde parte del terreno había sido parcelado en recintos funerarios. Los tipos de tumbas presentes en estos yacimientos muestran, sin embargo, muchas similitudes con los que se pueden hallar en períodos anteriores. En el caso de las fosas simples únicamente se han sustituido los círculos de piedra menuda que tradicionalmente protegían las urnas cinerarias por cuerpos de ánfora o tegulae, mientras que la tumba de cámara de El Cerrillo de los Gordos se asemeja a determinadas construcciones de las necrópolis de Villaricos, Puente de Noy o Carmona.

Respecto al ajuar, las urnas cinerarias de tradición ibérica (tanto por la forma como por la decoración) son uno de los nexos de unión más claros entre las necrópolis de época romana y prerromana de la ciudad, si bien, evidentemente, hay que hablar de una evolución de las tipologías cerámicas desde los prototipos del s. IV a. C. hasta sus derivados en el s. I d. C. Aunque no se puede descartar, sin embargo, que la va-\n
---

**RESPECTO AL AJUAR**

Las urnas cinerarias de tradición ibérica (tanto por la forma como por la decoración) son uno de los nexos de unión más claros entre las necrópolis de época romana y prerromana de la ciudad, si bien, evidentemente, hay que hablar de una evolución de las tipologías cerámicas desde los prototipos del s. IV a. C. hasta sus derivados en el s. I d. C. Aunque no se puede descartar, sin embargo, que la va-\n
---

**RESPECTO AL AJUAR**

Las urnas cinerarias de tradición ibérica (tanto por la forma como por la decoración) son uno de los nexos de unión más claros entre las necrópolis de época romana y prerromana de la ciudad, si bien, evidentemente, hay que hablar de una evolución de las tipologías cerámicas desde los prototipos del s. IV a. C. hasta sus derivados en el s. I d. C. Aunque no se puede descartar, sin embargo, que la va-\n
---

**RESPECTO AL AJUAR**

Las urnas cinerarias de tradición ibérica (tanto por la forma como por la decoración) son uno de los nexos de unión más claros entre las necrópolis de época romana y prerromana de la ciudad, si bien, evidentemente, hay que hablar de una evolución de las tipologías cerámicas desde los prototipos del s. IV a. C. hasta sus derivados en el s. I d. C. Aunque no se puede descartar, sin embargo, que la va-\n
---

**RESPECTO AL AJUAR**

Las urnas cinerarias de tradición ibérica (tanto por la forma como por la decoración) son uno de los nexos de unión más claros entre las necrópolis de época romana y prerromana de la ciudad, si bien, evidentemente, hay que hablar de una evolución de las tipologías cerámicas desde los prototipos del s. IV a. C. hasta sus derivados en el s. I d. C. Aunque no se puede descartar, sin embargo, que la va-
Cerrillo de los Gordos: recipientes de cerámica importada: ni campanienses, ni sigillatae, sustituyeron a las cerámicas griegas, ni fueron consideradas apropiadas para acompañar al difunto a pesar de que estas cerámicas sí se conocían y se utilizaban en el asentamiento, como demuestran los hallazgos de la Villa del Olivar (J. M. Blázquez, J. Molina, 1979).

En necrópolis prerromanas de Castulo como Los Patos o Baños de la Muela se reconocieron también fragmentos de ánforas que aparecieron mezclados con otros objetos del ajuar, como posibles tejuelos, fabricados a veces con un simple trozo de cerámica recortado en forma circular, así como tapaderas de forma cónica para estos recipientes. En estos casos las ánforas parecen haber sido incluidas en las tumbas como parte de la vajilla empleada en los rituales del banquete fúnebre, lo que permite establecer una diferencia con los recipientes hallados en las necrópolis romanas de Castulo empleadas de manera muy distinta: no como parte del ajuar, sino como un elemento más de la estructura de la tumba. Las ánforas protegen la urna o bien fragmentadas o bien -una vez eliminada la boca y la base- sustituyendo a los círculos de piedra que a veces rodean a los contenedores cinerarios.

Los ungüentarios de vidrio, uno de los objetos más característicos de los ajuares de época altoimperial, están prácticamente ausentes en las necrópolis romanas de Castulo, como también lo están en las necrópolis precedentes, donde sólo parece señalar el hallazgo de algunos arýballos de pasta vitrea en Los Baños de la Muela, Los Patos o El Estacar de Robarinas (M. P. García Gelabert, J. M. Blázquez, 1988: 233).

En las necrópolis romanas de Castulo diminue también la presencia de 'objetos personales' con los que posiblemente se iniciaba el cadáver, como anillos, hebillas de cinturón, posibles aneules (campaniellas) y fibulas. Tampoco se recogieron restos de armas en las necrópolis de El Cerrillo de los Gordos y La Puerta Norte, destacando su presencia sobre todo en Casablanca y El Estacar de Robarinas.

En general, puede decirse que tras la denominada "fase de transición" entre el mundo prerromano y romano cambian los objetos que se seleccionan de la tumba y se modifica el grupo de materiales que se amortizan junto a la tumba, independientemente de su paso o no por el fuego. Otro elemento interesante, que merecería la pena investigar con más detalle, es la constatación de que en la mayoría de los sepulcros de época prerromana de Castulo las cerámicas del ajuar aparecieron mucho más fragmentadas que en el caso de los enterramientos fechados en torno al cambio de era, donde se recogieron vasos prácticamente intactos que respondían a un esquema ritual bastante repetitivo. Se debería intentar aclarar si en época imperio romano existe alguna relación entre la aparición fragmentación del ajuar de algunas tumbas y enterramientos tipo hestum que suelen incluir objetos arrojados a la pira. Si esto fuera así, quizás se podría argumentar que, por alguna razón, en una época más antigua se amortizan intencionadamente en la tumba los vasos fragmentados que habían sido empleados durante los rituales funerarios, mientras que en época romana, el ajuar cerámico se deposita intacto junto a la urna funeraria en el momento del sepelio. Como hemos visto, E. Cuadrado realizó una observación similar al estudiar la necrópolis ibérica del Cigarralje, constatando la existencia de un ritual que él denominó "destructivo" hasta principios del s. III a. C., momento en el que se generaliza un rito "conservador", que consistía en colocar alrededor de la urna cineraria vajilla no fracturada incluyendo cerámica campaniense, ungüentarios fusiformes, cerámica de paredes finas o común de cocina (E. Cuadrado, 1987: 28-29).

3. CONCLUSIÓN

En Castulo encontramos un magnífico ejemplo del carácter polisísmico del concepto de 'romanización'. Las necrópolis de época altoimperial del asentamiento pueden considerarse, en cierta manera, una prolongación en el hilo temporal de los cementerios de época prerromana, como demuestra la continuidad en los ritos de enterramiento, en la tipología de las tumbas y en algunas características de los ajuares. A pesar de ello, estos elementos han sido reelaborados siguiendo un patrón presente en los cementerios de otros asentamientos del s. I d. C., lo que confiere cierta unidad al conjunto de necrópolis de esta época, dentro de su falta de 'ortodoxia' respecto a lo que podríamos esperar encontrar en una necrópolis 'romana', supuestamente sembrada de monumentos y donde no se escatimaría en el uso, durante los banquetes funerarios y como ofrenda en el ajuar, de determinadas cerámicas de importación. Sin embargo, aunque no se halló ningún tipo de señalador funerario externo en las necrópolis del Cerrillo de los Gordos o la Puerta Norte, sabemos, gracias a las piedras talladas reutilizadas en Puente Quebrada del Guadalimar, que éstos debieron existir en otros lugares de enterramientos asociados a la ciudad. En mi opinión, se puede interpretar la decisión consciente de no utilizar ciertas clases de semina de una manera similar a la no inclusión de determinada vajilla importada (sigillata) como parte del ajuar de la tumba. La sigillata estuvo presente en el asentamiento y las estelas con epígrafe 'eran conocidas' en el momento de la construcción de la tumba de cámara del Cerrillo de los Gordos, como demuestra la reutilización de tres de ellas como meros sillas para cubrir una inhumación doble asociada al conjunto, así que, en este caso, es difícil emplear un argumento ex silentio para justificar la escasez de unas y otros en el registro de las necrópolis altoimperiales excavadas en Castulo.

La contraposición de distintas maneras de commemorar a los ancestros en el sepulcro es una manifestación de la existencia de una serie de grupos que compartían la misma memoria dentro de cada ciudad, de distintas narraciones sobre el pasado, que parece menos lineal, estar menos ordenado y de forma menos clara de lo que habíamos supuesto. Los restos arqueológicos de actos rituales como la conmemoración de los difuntos a través del monumentum que es la tumba, son fragmentos de memória, retazos de cultura material dotadas de significado en el pasado. Todo ello está muy relacionado con la forma en que se produce el recuerdo en las sociedades, un proceso en el que lo que se 'recuerda' para el presente a través de la memoria es tan importante como lo que se mantiene en el olvido, especialmente...
en el contexto de la colonización posterior a una guerra de conquista.

Una vez descartada la desaparición de las necrópolis ibéricas durante los últimos siglos de la República y la breve crisis que habría supuesto un rápido descenso en el empleo de elementos característicos del mundo funerario ibérico durante los siglos previos al nacimiento de las monumentales necrópolis romanas en los primeros años del Imperio, nuestros problemas sobre el estudio de este período distan de estar resueltos, aunque quizás hayamos encontrado un punto de partida más sólido para seguir avanzando en nuestra investigación. La enorme variabilidad constatada en las distintas necrópolis de Castulo (tanto de época prerromana como republicana y altoimperial) es una llamada de atención sobre la necesidad de analizar los resultados obtenidos dentro del contexto de los distintos cementerios de cada ciudad y en el marco de la relación entre los lugares de habitación y los espacios dedicados al enterramiento. Aún está por hacer un análisis detallado de los materiales de las necrópolis de la Ulterior, basado en nuestros conocimientos actuales sobre la cerámica de época republicana, que permita establecer comparaciones con los objetos que podemos encontrar en los asentamientos. Un estudio de las asociaciones de piezas características de los ajuares domésticos y funerarios de cada época podría ayudarnos, además, a comprender la evolución del ritual y contribuir a una visión más precisa una cronología que se superponga a la dilatada datación que proporcionan algunas formas cerámicas enraizadas en la tradición alfarera indígena.

De cualquier forma, sólo puede hablarse de ‘tendencias’ y no de normas rigidas en este aspecto. La composición de los ajuares dependió tanto de decisiones de carácter individual como de distintas coyunturas sociales y económicas, de los objetos disponibles o de la superposición de diversas identidades sociales en cada persona y de la manera de explicitarlas a través de la cultura material dentro de cada núcleo urbano. No hay una cerámica estrictamente ‘ibérica’, ‘romana’ o ‘púnica’, sino una manera regional –a veces propia de una sola ciudad– de combinar los objetos disponibles en cada momento de acuerdo con unas necesidades rituales y simbólicas específicas, en las que suelen confluir tanto tradiciones anteriores, como la capacidad de reelaboración de dichas tradiciones para indicar estatus/identidad. En dicha comunicación el receptor es tanto o más importante que la necesidad de expresión del emisor: quién es la audiencia, a quién se pretende dirigir el mensaje, el contexto, al fin y al cabo, es el que determina el significado de los símbolos empleados. De ahí que el mismo ajuar –una de cerámica pintada de tradición ibérica tapada con un cuenco, no acompañado por recipientes de sigillata– pudiera tener connotaciones distintas en Córdoba, Castulo o Villaricos, por concurso del resto de las tumbas presentes en la necrópolis, lo que quizá contribuya en parte a explicar las características tan particulares que se generan a escala de la ciudad o incluso en distintos sectores de las necrópolis de un mismo asentamiento.

La cultura material de las necrópolis se emplea de una forma programática o discursiva no sólo en el caso de las edificaciones funerarias de mayor monumentalidad. En las tumbas más sencillas se seleccionan determinados rituales o materiales con fines retóricos que permiten simbolizar distintos aspectos de la identidad individual, familiar y colectiva. Incluso en época imperial se recurrió a elementos de carácter ‘arcainztante’ que entroncan con el período prerromano. Pero lo más interesante es que esa re-creación del pasado ‘ibérico’ de los primeros decenios del Imperio nunca es una copia fiel de tiempos pasados, sino una re-elaboración característica del sur de Hispania o, en ocasiones, de una sola ciudad.

Desde luego es posible constatar una evolución ritual tras la conquista romana, pero, irónicamente, al contrario de lo que habría de esperarse de acuerdo con la teoría más tradicional de la ‘romanzación’, no se produjo un cambio unidireccional que supusiera la mimesis o la imitación por parte de los individuos que se enterraran en necrópolis ibéricas del modelo romano, sino que aparentemente a pesar se han conservado ‘trazas’ claras de la cultura romana en los primeros doscientos años de la conquista. Los cambios provocados como consecuencia del asentamiento de los primeros colonos parecen traducirse, más bien, en una reformulación de la cultura local, lo que evidentemente supone un cambio respecto a la etapa precedente. Algunos de los elementos más característicos de las necrópolis de Roma (ubicación a lo largo de las vías de salida de las ciudades, parcelación del espacio, epigrafía, monumentalización) se introducen en el sur de Hispania en torno al cambio de era, coincidiendo con la revolución en el plano cultural que supuso el principado de Augusto y con el nacimiento de la propia ciudad. El período formativo que se observa en diferentes elementos culturales en torno al cambio de era (epigrafía, arquitectura, organización cívica, cerámica, cultos) que coincide en el tiempo con diferentes regiones del Imperio, tendría más que ver, por tanto, con el nacimiento de la cultura local con una ‘revolución cultural romana’, como lo ha definido A. Wallance-Hadrill y G. Woolf, que con la ‘romanzación’ en sí misma (G. Woolf, 1998: 7), aunque no debe olvidarse que la creación de una identidad Imperial fue, en parte, el resultado de los procesos desencadenados tras doscientos años de expansión territorial. Pero incluso en ese momento –como en los anteriores– no se produce una transferencia cultural unidireccional o un fenómeno de aclimatización, sino que se genera una nueva clase de carácter ‘ibérico, que nos permite superar la visión de carácter esencialista de las culturas, interpretadas como entes abstractos y puros que son capaces de intercambiar distintos rasgos cuando entran en contacto.

**BIBLIOGRAFÍA**


CONTEXTO FUNERARIO EN LA TRANSICIÓN DEL MUNDO PERRROMANO...


LAMBOGLIA, N. (1952): "Per una classificazione preliminare della cerámica campania", Atti del I Congresso di Studi Ligure, Bordighera, 139-206.


